

## Artificio y nobleza

### *Cartas abiertas*

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

Penguin Random House, Bogotá, 2022,  
285 pp.

ES UN artificio literario, pero también un gesto de nobleza: prestar la voz a otras voces, contar lo que otros han contado, servir de medio no tanto a las vivencias propias como a las experiencias ajenas. Así es el narrador de esta última novela de Juan Esteban Constaín: una mezcla de artificio y nobleza. Un rasgo que, con pocas salvedades, podría definir no solo a los demás integrantes de la *troupe* narrativa de esta historia, personajes cálidamente literarios e inverosímilmente humanos, sino también la novela misma; e incluso, si se quiere llevar la cosa más lejos, la obra entera de Constaín, un permanente contrapunto entre la sofisticación literaria y la inclinación devota hacia una virtud. De nuevo, artificio y nobleza, como los blasones de una enseña heráldica.

Para quienes han leído a Constaín, con razón les parecerá insuficiente la fórmula anterior si en ella no se da cabida al humor, a esa poética de la ironía tan característica del escritor popayanejo. Además, en esta clasificación, a riesgo de quedar incompleta, no podría dejarse por fuera la seriedad, pues, como se dice en las páginas de esta novela, los buenos humoristas suelen ser gente seria, muy seria. Y Constaín lo es, sin duda. Historiador, profesor, latinista, lector de Tucídides y Tito Livio, de Johan Huizinga y Edward Gibbon, de Gómez Dávila y Ortega y Gasset, sus terrenos son los de una erudición totalizante y omnímoda, sin incurrir nunca, a pesar de ello, en los desafueros de la pedantería o la suficiencia.

Volviendo al narrador de la novela, también él, como Constaín, hace del humor una poética y una clave de interpretación del mundo. No es, de ninguna manera, que aparezcan cada tanto formulaciones explícitas a propósito de este tema, ni se trata tampoco de que el ingenio se imponga con demasiado alarde sobre todo lo demás. No. Al contrario. Lo que logra el narrador es ironizar desde un espacio de una discreción casi invisible, con

una sutileza de filigrana, de artesano. Constaín consigue este efecto a partir de la naturaleza misma del narrador, cuyas apariciones, en gran parte de la novela, son apenas las de un personaje oculto entre incisos, una primera persona que intercala, tras ciertas frases, un modesto “me dijo” o un desprendido “así me lo contó”.

Es desde los incisos, desde los paréntesis, que aflora la ironía. Sucede sobre todo cuando el lenguaje literario se vuelve envarado y retórico, y el narrador, oscilando entre la excusa genuina y el comentario sardónico, se apresura a dejar en claro que si usa esas palabras grandilocuentes y floridas es porque son textuales, porque así tal cual se las transmitieron a él. Esta conciencia del idioma, de sus múltiples registros, le permite al narrador poner el énfasis allí donde los resortes niveladores del humor obran mejor: sobre la solemnidad, particularmente sobre la literaria.

El que este desfondamiento y desacralización de lo solemne sea posible obedece a una circunstancia muy particular de la novela: a su aparente capacidad para desdoblarse en dos entidades distintas, de tal manera que se produce la impresión de que ella, al tiempo de irse escribiendo, se fuera leyendo a sí misma. Este rasgo se acentúa todavía más en un estilo como el de Constaín, con una prosa que no solo deja entrever sus mecanismos internos, la veta íntima del oficio, sino que los comenta con una generosidad de maestro. Son abundantes en ese sentido los recursos encaminados a lograr una plástica sin atenuantes y aquellos otros puestos al servicio de una música hecha de repeticiones y pausas enfáticas. Sin ánimo de ser exhaustivos, baste con decir que entre los rasgos de la carpintería literaria de Constaín se destacan la fidelidad irrestricta a los demostrativos catafóricos, el uso abundante del polisíndeton y la confianza ciega en la mística de las construcciones parentéticas.

Hasta ahora, se ha rehuido a propósito el comentario sobre el argumento o la trama de la novela. Y no por alguna prevención sobre lo inconveniente que es revelar los giros y las peripecias de una historia, sino, sencillamente, en atención a otra característica muy especial de esta novela: su condición de ser más un libro de obsesiones de escritor que un texto narrativo corriente. Por

supuesto, la novela tiene una armazón dramática y progresa según las pautas usuales del género, además de tener personajes maravillosamente dibujados y situaciones narradas con mucho pulso y gracia. Ejemplos notables de lo anterior son el protagonista de la novela, Marcelino Quijano y Quadra, un erudito fascinado con el pasado, cuya profesión es la de fabricar ficciones para cambiar el rumbo de la historia y el desenlace de los destinos individuales, y la guerra de papel que en 1867 le declaró el Estado Soberano de Boyacá al reino de los belgas, intimación bélica motivada por el despecho amoroso de un general colombiano y cuya terminación oficial solo vino a consumarse más de un siglo después tras una insólita gestión diplomática entre ambas naciones.

Pero lo predominante, insisto, son las obsesiones de un escritor movido a explicitarlas sin desdoro ni en detrimento de la calidad narrativa, puesto que una novela, según lo sabe Constaín, nunca es solo un artefacto para contar una historia. Esto es así desde el *Quijote* o, si se quiere ir más atrás, desde *El satiricón* de Petronio, pasando después por los novelistas ingleses del siglo XVIII, por los franceses y rusos del XIX, por los americanos y latinoamericanos del XX, hasta las atinadas y agudas observaciones de Antonio Caballero a propósito de *Sin remedio*, una novela que, según su autor, no versaba tanto sobre una historia como sobre una dificultad existencial, la dificultad de escribir un poema.

Y en consonancia con esta naturaleza abierta de las novelas, género profano, deslindado de constreñimientos, Constaín se vale de *Cartas abiertas* para volver sobre sus obsesiones. Y allí están todas, o gran parte de ellas: las guerras mundiales, la historia europea, el delirio que es Popayán, el latín, la literatura alemana, los diarios y cartas de sus escritores de cabecera, las guías de viaje, la bibliomanía, el pensamiento filosófico conservador, la tríada indisoluble de poesía, tiempo y música, y el fútbol, siempre el fútbol. Heteróclito y omnívoro, Constaín integra todo esto en un mosaico literario donde cada pieza encaja con naturalidad y cada guiño –hay cientos– renueva el color de la escritura sin recargarlo. Además, en la mejor tradición aforística, Constaín es también un exquisito cincelador de

frases: “no hay trinchera que no sea un espejo” (p. 17), “nada huele más que el tiempo” (p. 65), “la fe es un acto de fe en la fe” (p. 85), “lo único más grave que el amor es su ausencia y su fracaso” (p. 208).

Aunque suene extraño y desconcertante, también esta novela, como toda la obra de Constaín, lleva consigo una valiente apuesta política. Contrariamente a un dogma tácito y extendido que prescribe a los autores colombianos tratar ciertos temas en lugar de otros (sobre todo aquellos más cercanos a la “realidad nacional”), que les exige una postura clara e inequívoca en materia política y una opinión siempre alerta para comentar a tiempo el acontecer noticioso, Constaín practica las sanas y necesarias artes de la evasión. Así, cuando todos los columnistas se ocupan de analizar la última noticia relevante, o cuando los escritores se afanan por capturar en sus novelas los temas de coyuntura, Constaín escribe lo mismo sobre Macrobio o san Isidoro de Sevilla, autores fascinantes e insólitos de la Antigüedad tardía, como sobre una campana que oyeron tañer el mismo día y a la misma hora los escritores Robert Graves y Ernst Jünger, y que ambos registraron en sus diarios de campaña cuando sirvieron en los frentes de la Primera Guerra Mundial, escena con la que bellamente comienza esta novela. Acaso Constaín, como su adorado Álvaro Mutis, podría llegar a suscribir, con una que otra salvedad menor, lo que este dijo alguna vez para explicar su desentendimiento de las urgencias del mundo contemporáneo: “Nunca he participado en política, no he votado jamás y el último hecho político que me preocupa de veras es la caída de Bizancio en manos de los infieles en 1453”.

**Jerónimo Uribe Correa**